

CRISTIANDAD



51

RAZON DE ESTE NUMERO

Londres 6 de Julio de 1535. El verdugo separa de su noble tronco la cabeza de Tomás Moro, canciller que fué de Enrique VIII. Una sola de las obras literarias del ajusticiado —«Utopía»— lo convierte en blanco de contradicción. Los socialistas ven en él a uno de los precursores del comunismo, los protestantes le presentan como a prototipo de intolerancia y fanatismo religioso, Pío XI en 19 de mayo de 1935 le canoniza solemnemente en la Ciudad Eterna.

Aprovechando el undécimo aniversario de su elevación a los altares, CRISTIANDAD se ocupa en este número de la personalidad interesantísima y sugestiva del nuevo Santo, valorando debidamente su obra y reivindicando su figura ante los ataques maliciosos de protestantes, socialistas y comunistas que pretenden envolverle en uno u otro sentido en una especie de leyenda negra, ajena por completo a la realidad histórica. Con esta finalidad,

El **Editorial**, nos habla de **El intelectual que dió la vida por la Cristiandad**.

Homilias de Santo Tomás Moro (pág. 182); **Una interpretación socialista de Tomás Moro** (pág. 182); **Santo Tomás Moro** (pág. 183); **El Platón de Chelsea** (págs. 184 y 185); **Santo Tomás Moro: Una apreciación inglesa**, por Derek Traversi (págs. 186 y 188); **La profesión de fe de Santo Tomás Moro** (pág. 189); **Cuatro interpretaciones españolas de Tomás Moro**, por Eusebio Rey, S. I. (págs. 190 a 193); **Una interpretación española de Tomás Moro** (pág. 193).

Numismática papal por Juan Tolosa, Pbro. (págs. 194 y 195).

Cierra el número el acostumbrado **Noticiero quincenal** (págs. 195 y 196).

Los dibujos que ilustran el presente número son debidos a la pluma de Ignacio M.^a Serra Goday.



CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual 48'00 ptas.
Semestral 24'00 "

Número ordinario: 2'50 ptas.

NOTA DE LA DIRECCIÓN

Según observarán nuestros lectores, a partir del presente número publicamos tan sólo 16 páginas de texto, en lugar de las 24 con que aparecía CRISTIANDAD hasta el presente.

Ello es debido a la carestía del papel, y tiene carácter transitorio.

No duda esta Dirección, del espíritu de comprensión y benevolencia con que ha de ser acogida por sus lectores, bien ajena a la voluntad de todos y hace votos para que en breve, mejoradas las circunstancias, pueda volverse al número normal de páginas.

EL DIRECTOR

NOTA DE LA ADMINISTRACIÓN

Distribuidos ya los índices correspondientes al pasado año 1945, nos complacemos en comunicar a nuestros lectores que, al igual que para el año 1944, nos encargamos de la encuadernación de los números.

A este objeto pueden remitir a esta Administración los ejemplares correspondientes o bien llamar al teléfono
2 2 4 4 6

y les serán recogidos en su domicilio.

El precio es de 22 ptas., que deberán ser abonadas por anticipado, al hacer entrega de los números.

También servimos tapas sueltas para los suscriptores que deseen hacérselo encuadernar por su cuenta. Su precio es de 18 ptas.

EL ADMINISTRADOR

CRISTIANDAD

NÚMERO 51 - AÑO III

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.º - Teléf. 22446
BARCELONA

1 Mayo de 1946

Cruz, 1 1.º - Teléfono 25675
MADRID

El intelectual que dió la vida por la Cristiandad

En 19 de mayo de 1935, Pío XI canonizó solemnemente a Tomás Moro ante los Prelados de todas las diócesis inglesas y representaciones de los del Canadá, la India, Sud Africa y Nueva Zelanda.

En Santo Tomás Moro, podemos considerar la obra, el hombre y el símbolo. Por su obra, se nos aparece como uno de los clásicos de entre las letras inglesas. Por su figura, voluntariamente escamoteada por muchos que ensalzan su obra más conocida, "Utopía", vemos el cabal ejemplo del varón que aún sumergido en las preocupaciones del gobierno de los pueblos, sabe actuar siempre como cristiano sin dejarse absorber nunca por los negocios temporales, resistiendo a la ambición de poder y al orgullo y demostrando con la muerte de martirio que Dios le concedió como premio a su vida llena de heroísmo, toda la fortaleza que engendra la moral cristiana. Pero es aquí el simbolismo de su canonización el que nos interesa principalmente resaltar.

Santo Tomás Moro es símbolo de la posibilidad de unión entre la Ciencia y la Fe. Cuando se nos ha repetido hasta la saciedad que el Renacimiento conduce fatalmente a la incredulidad, Tomás Moro, humanista insigne, es vivo símbolo de todo lo contrario afirmando ante la divinización del pensamiento y su rebelión contra todo dogma, la sujeción de la razón a las verdades reveladas. Su elevación a los altares desmiente que el Cisma de Inglaterra en particular y la separación de la sociedad civil de la Iglesia romana en general, nacieran de la renovación de los estudios o Renacimiento: donde ésti se encontró con almas humildes engendró mártires, cuando anidó en pechos soberbios dió lugar a cismáticos.

Magníficamente Moro es símbolo también de amor a la Iglesia y al Papa por encima de todo. Moro sintió en su carne el anhelo por la Unidad de la Cristiandad bajo la tiara de Pedro. Su muerte fué debida a su obediencia al Pontífice.

Finalmente, Moro es símbolo y prenda del retorno de la Iglesia separada inglesa al seno del Catolicismo. El testimonio de la fe en la necesaria e incontrovertible supremacía de Roma dado por Moro y tantos otros mártires merced a la furia de Enrique VIII y sus secuaces, ha fructificado y Manning y Newman ayer y tantos otros espíritus selectos hoy, nos dicen que la misión católica de Inglaterra está muy lejos de haber terminado y que su unión definitiva con Roma no puede hacerse esperar mucho.

CRISTIANDAD, que en su primer número rogaba a la Providencia "que los pueblos todos vuelvan a formar unidos bajo un sólo pastor una verdadera cristiandad", dedica este número al Santo mártir inglés que, verdadero modelo de intelectual católico, no vaciló en dejarse cortar su cabeza por mantener los mismos principios que defiende esta revista. Quiera Dios en su bondad, que en circunstancias como las que vivió Moro, obremos todos lo mismo que él.



Homilia de S. S. el Papa Pío XI, durante la ceremonia de canonización de Santo Tomás Moro

En esta misma tormenta (de la lucha protestante) brilla con luz propia otro astro de santidad, Tomás Moro, gran Canciller de Inglaterra. Dotado de una inteligencia sumamente penetrante y de gran facilidad para toda clase de conocimientos, gozaba de tan extraordinaria fama y aprecio entre sus conciudadanos, que rápidamente subió a los más altos puestos de la magistratura. Pero no era menos su ansia para llegar a la perfección cristiana, ni menos ardiente su deseo de trabajar para la salvación de su prójimo, como lo atestiguan bien claramente, ya su fervoroso amor a la oración (consta que solía rezar las horas canónicas, cuando sus ocupaciones se lo permitían), el cilicio que llevaba devotamente, sus frecuentes mortificaciones corporales; ya también, cuanto trabajó por sostener en su pureza la fe católica y la moralidad de las

costumbres, tanto de palabra como con sus valiosísimos estudios y escritos. Con igual valentía que Juan Fisher, al ver que corría gran peligro la pureza de su santa religión, no dudó en renunciar al elevado cargo que ostentaba, en despreciar el respeto humano, en oponerse al Jefe supremo del Estado, por seguir los mandatos de Dios y de la Iglesia. Y cuando, encerrado en la cárcel, era urgido por las lágrimas de su mujer e hijos a apartarse del camino recto de la verdad y de la virtud, Tomás, con los ojos clavados en el cielo nos dió un ejemplo sublime de cristiana firmeza. De esta manera, el que pocos años antes había escrito que "no se debía huir de la muerte, si ésta se imponía por confesar la fe", marchó al cadalso sereno y confiadamente; y del cadalso voló a los goces de la eterna felicidad...

Una interpretación socialista de Santo Tomás Moro

«Ese hombre, el primero que había de presentar una imagen de ese nuevo e inaudito comunismo, del moderno comunismo, era Tomás Moro.

»Historiadores ultramontanos y liberales intepretan con predilección la «Utopía» como fina broma de un espíritu sutil . . . como un juego intelectual platónico de un instante pasajero . . . como una variante de la República platónica. Nosotros nos formamos una idea muy diversa cuando vemos el papel que ha jugado «Utopía» en la historia del pensamiento socialista. Muy lejos de ser una imitación del comunismo de Platón, el comunismo de Moro es fundamentalmente distinto de él y aun muy distinto del comunismo cristiano . . . Con la «Utopía» de Moro comienza el moderno socialismo. Desde él no ha dado un paso adelante hasta mediados del siglo último. Hasta la fundación del moderno socialismo científico por Marx y Engels, es decir, en más de tres siglos, el pensamiento socialista no ha pasado la órbita que le señaló por vez primera Tomás Moro.

»Nada más equivocado que deducir de estos hechos (los de la represión del protestantismo por el Santo) que Moro fuera un fanático del dogma católico. Lo que le forzaba a enfrentarse con la reforma en Inglaterra no era el catolicismo estrecho y miope sino la inflexibilidad de carácter y el amor al pueblo. Por eso, es por lo que murió mártir . . . El día 6 de Julio de 1535 caía imperturbable y alegre ante el cadalso el primer gran utopista; pocos días después de la primera dictadura del proletariado comunista revolucionario (el anabaptismo) quedaba anegado en sangre. ¡Con un bautismo de sangre se iniciaba el naciente socialismo moderno!»

(Karl Kautsky en «Tomás Moro y su Utopía»).

Santo Tomás Moro

—«¿Y tenéis algo que decir?» preguntó uno de los jueces. ♦ —«Una palabra todavía: San Pablo, ya lo sabéis, mylords, estaba entre los que se partieron los vestidos del protomártir San Esteban; hoy San Pablo y San Esteban disfrutan de una misma gloria: yo espero también, y esta es mi ardiente súplica, que vuestras señorías, mis jueces sobre la tierra, vendrán a reunirse conmigo en el cielo en una común felicidad...», contestó Tomás Moro en su histórico juicio de Westminster. ♦ Palabras de un gran señor, e impregnadas de la mayor y más grande serenidad cristiana. De un auténtico y heroico humorismo cristiano. Porque Tomás Moro, mártir de Cristo, fué, precisamente por esto, último sucesor de aquella «gallantry» que su contemporáneo Shakespeare añoraba de los buenos tiempos medievales, el prototipo del caballero de su época. El que merece, en verdad, el título, tantas veces inmerecidamente aplicado en la vieja Britania, de «gentleman». Heroico y auténtico «gentleman». ♦ Admirable es el Señor en sus Santos, y en Santo Tomás lo es por multitud de títulos. Es un Santo que irradia simpatía personal, y que, al propio tiempo, para nuestra época—es significativo haya sido canonizado en ella—viene a vindicar cuánto respeta la Iglesia el campo que, al humano pensamiento, ha dejado la Providencia a la libre disputa y especulación de los hombres. ♦ Nacido en el corazón de Inglaterra en 1480, se nutrió, en frase propia, de la «leche de la literatura latina» en la famosa escuela de San Antonio, de Londres. ♦ Y esta «leche literaria» le condujo a entroncar con el platonismo italiano, haciéndose intérprete de las nuevas aspiraciones de su siglo, bien divergentes de la escolástica pura y clásica en cuanto a las relaciones entre la Iglesia y el Estado en desarrollo en desarrollo naciente. ♦ Es un verdadero iniciador de la filosofía del derecho público, basada sobre el estudio del hombre, inspirada en las viejas formas políticas de Grecia y Roma. ♦ Contemporáneo y paralelo de Hugo Grocio, su obra sensacional «*De optimo rei publicae statu sive de nova insula Utopia*» marca su pensamiento como filósofo. ♦ En las páginas del presente número, consagradas a su gigante figura, se ilustra al lector sobre la verdadera inteligencia con que debe interpretársele. ♦ Mas no es ciertamente el filósofo, sino el hombre público, el que ha dejado un ejemplo suficientemente preclaro para elevarle a la gloria de los altares. ♦ Fiel cartesano de su Rey—cuando la realeza mantenía su prestigio, casi religioso, de que la había investido el Medioevo cristiano—es su inteligente y activo colaborador en la lucha que en sus primeros y mejores años emprende contra la Herejía, y en la redacción del libro «*Defensa de los siete Sacramentos*» que había de merecer, para aquél, el glorioso, y por desgracia tan breve título, de «Defensor de la Fe». ♦ En aquella época, Enrique honraba con su confianza a Moro, a pesar de no ser éste ni clérigo ni noble: había reconocido su valor—otro detalle significativo—en la defensa que hiciera de los derechos de la Santa Sede en un asunto marítimo, y en la comisión que le encargara en 1529, en ocasión de la paz de Cambrai entre Carlos V y Francisco I. ♦ La fidelidad a su Monarca hizo que aceptase el cargo de Canciller, vacante a consecuencia de la muerte del Cardenal Wolsey, víctima primera—en medio de sus debilidades—de las violencias del Rey que ya estaba consumando su adulterio con Ana Boleyn. ♦ Pero uno de sus primeros actos, al asegurar a su príncipe su lealtad hasta la muerte, fué prevenirle que en modo alguno podía traicionar su conciencia. No. Tomás Moro, Canciller del Reino, se constituía en fidelísimo servidor de Enrique VIII; no en vano pesaba sobre su sangre el atavismo de tantas generaciones que veían en el Trono la institución básica civil en la tierra, venerándola como tal. Pero se negaba a sancionar los actos reales. Y en vano reivindicaba su derecho a no intervenir en tan enojoso asunto. ♦ Mas Enrique acababa de encontrar un cómodo teólogo en el Arzobispo Cranmer, para sofocar sus escrúpulos, y en Cromwell un ejecutor cruel para sofocar, a su manera, los de sus súbditos. ♦ En 25 de enero de 1533 consumóse el concubinato, y Ana fué elevada al trono de Inglaterra: se iniciaba el Cisma. ♦ Surgen los incidentes doquier, debidos a la sana reacción que se produce: y el suplicio de la «monja de Kent» y sus compañeras sintetizan la época. ♦ Prudentemente, Moro sigue en su puesto, al servicio de su Rey y de su País. Mas la inquieta conciencia de aquél persigue al fiel Canciller, le acucia, exige de él—parapetado en digno silencio—una aprobación que no obtiene. ♦ Y Tomás Moro—ya es Santo Tomás Moro—es encarcelado en la Torre, convicto de alta traición. ♦ Resiste a la peor de las tentaciones: la voz amante de su hija, de su familia, de sus amigos, que no entienden su heroísmo. ♦ Y, al fin, comprendiendo ya que no cabe más silencio ni más prudentes evasivas, declara heroicamente a la faz de Inglaterra y de todo el mundo, ante el Rey y la Corte omnipotentes: «La Iglesia no reconoce por señor a ningún príncipe temporal; no acepta por cabeza sino al soberano que reina en Roma, y al cual Jesucristo transmitió su poder en la persona de San Pedro y de los sucesores del Apóstol» para acabar confesando: «...E Inglaterra, al rehusar obedecer a la Santa Sede, es tan culpable como el hijo que rehusa obedecer a su padre». ♦ Y rubricó sus palabras con su sangre, al subir al cadalso de la Torre en la mañana del 6 de julio de 1535. ♦ Su voz se había levantado, gallarda, contra la maldita inmixión del Poder Temporal en la Iglesia, que venía repitiéndose a lo largo de toda la Edad Media. El profundo simbolismo de su martirio, fué recogido por el gran Papa que, en nuestros tiempos—casi cuatro siglos más tarde—lo elevó al honor de los altares.

El Platón de Chelsea

Aquí yace un *moro* santo
en la vida y en la muerte,
de la Iglesia *muro* fuerte,
mártir por amarla tanto.

Fué Tomás, y más seguro
fué Bautista que Tomás,
pues fué, sin volver atrás,
mártir, muerto, *moro* y *muro*.

LOPE DE VEGA

Epitafio de Tomás Moro, inglés.

Lecciones de libros, como las de Vives... Lecciones de cosas, como las que iba viendo, a través de pactos ruidosos, rupturas, murmuraciones... Iban todas ellas goteando en la blanca mente y sobre el corazón virgen de Mariita Tudor, impregnándolos de temprana experiencia. Y con ellas, las lecciones de vivir bien, aprendidas del natural en los dos modelos preconizados constantemente por Juan Luis Vives: la Reina Catalina y el sabio Tomás Moro "*the most learned man in the kingdom*", según frase de Eustaquio Chapuys, embajador de Carlos V. Porque quiso Dios que, cabalmente en los años de su estirón físico y espiritual, a la vez que su madre y maestra, actuase y se moviese cerca de la perspicaz princesita la por todos venerada personalidad del pensador egregio y varón de virtudes a quien, por ser ambas cosas, reputaban sus amigos como el Platón de Chelsea.

Sir Tomás More (Moro ya para los españoles de entonces) ni por temperamento ni por cálculo tuvo nunca idiosincrasia ni apetencias de cortesano. Le metieron en la Corte el Rey y el Cardenal; aquél, porque su vanidad no podía consentir que estrella de tal magnitud quedase fuera de su cielo; éste, porque prefirió tener a su lado, mejor que en posibilidad de estar enfrente, hombre cuyo consejo influía tanto en la opinión general. Ellos, y la gravitación de ese factor imponderable que forja primero las reputaciones y luego las encauza hacia el bien común, fueron los artistas del persistente encumbramiento que fué elevando al modesto jurista desde la investidura local de *under sheriff* de Londres hasta la dignidad, sin rival entre las electivas, de Canciller del Reino de Inglaterra. Su austeridad, su trato afable, su propensión a la equidad, su don de consejo, su desinterés con los clientes pobres, su negativa a encargarse de pleitos turbios, el altruismo con que negociaba transacciones y desaconsejaba largos y pingües pleitos, hacían de él un ciudadano excepcional. Pronto, pues, por derecho de sus méritos tuvo asiento en el Parlamento el antiguo prometedor alumno del Canterbury College, *lawyer* y *barrister* formado en New Inn y Lincoln's Inn, fraternal amigo de Erasmo de Rotterdam desde que éste asomó por Inglaterra, estudioso y meditativo huésped durante cuatro años de la celda de los Cartujos con un crucifijo por todo adorno y los libros por toda compañía. Y un año antes de nacer la princesita María, el acuerdo unánime de los comerciantes de Londres le había enviado a Flandes para poner término, como lo hizo, a sus diferencias con los de los Países Bajos. Al volver seis meses después, traía ya conquistada la *Utopía*.

El éxito de su misión, la resonancia del ingenioso libro, y la creciente nombradía del moralista y de su culto aticismo llamaron la atención del Rey, quien ya le conocía porque, como abogado de la Santa Sede, había ganado un pleito contra la Corona, merced a un aplastante informe en vista pública a la que asistió el Monarca. A tan formidable contradictor había que atraérsele; y, como no fuera eficaz la oferta de una pensión que el futuro Santo declinó, el Cardenal Canciller, ganoso también de sumarle a su devoción, se extremó en la labor de captación ponderándole los grandes servicios que podría prestar y lo "muy

queridos que aquí habrían de ser por Su Majestad". Tan altas y reiteradas ofertas culminaron, al cabo, en el nombramiento de vocal del Consejo Real, que Moro no consideró ya posible resistir. "Nadie hizo nunca —escribió Erasmo— tantos esfuerzos para ser admitido en la Corte como los que él hizo para librarse de entrar en ella". Y el propio Sir Tomás decía a su gran amigo el Obispo Fisher: "He entrado en la Corte absolutamente contra mi voluntad, como lo sabe todo el mundo, incluso el mismo Rey, que con frecuencia, aún en medio de los deportes, me ha machacado sobre ello; y aquí me manejo con la desmaña de un hombre no acostumbrado a cabalgar, torpemente sentado sobre su montura".

Pronto se haría dueño de las riendas, demostrando que era jinete para las más difíciles cabalgaduras. *Master of Requests* (examinador de solicitudes al Rey); diplomático al servicio de quebradizas misiones, en el Paño de Oro, en Brujas, en unión de Wolsey, para tratar con Carlos V; *Exchequer* o Tesorero del Reino; negociador de las paces con Francia; Canciller del Ducado de Lancaster; *High-steward* de las Universidades de Cambridge y de Oxford; consejero íntimo, unas veces maestro, otras secretario, otras colaborador del Monarca, éste logró al cabo incorporarlo tan estrechamente a Palacio, que hasta podía enorgullecerse de tenerle a su disposición a toda hora. Pero a toda hora, no; que alguna vez, como le llamara con urgencia mientras el ferviente cristiano oía misa, contestó dijeran al todopoderoso señor de los ingleses que no iría sino cuando hubiera acabado de rendir tributo al Omnipotente Señor de cielos y tierra. No era punto éste en que Enrique pudiera llamarse a engaño, porque, al acceder Moro a prestarle sus servicios, había puntualizado clarísimamente el alcance de sus compromisos, sin jactancias, sin reticencias, pero sin rodeos. Sería para él humildísimo, obedientísimo, el más obediente de sus súbditos, pero reservándose siempre servir preferentemente a Dios. "*The King's good servant, but God's first*", diría como dijo el día de su martirio....

Sir Tomás desde entonces vivió casi constantemente en Palacio y sí, de vez en cuando, se escapaba a su risueña casa de Chelsea, en demanda de aislamiento y del amor de la familia, no tardaba la barca del Rey en atracar frente a la fachada, ya para rescatarle y llevársele a la Corte, ya para que Enrique charlara con él entre los bosquetes de aquel su jardín de extramuros. La princesita, pegada al padre durante su infancia, oíría entonces a señor y vasallo departir sobre los temas, inabordables para ella, del más profundo saber y las incógnitas más insondables del humano ignorar; pues Enrique VIII, con más vigor en el motor de la voluntad que consistencia en las alas, planeaba entonces por alturas de la escolástica y de la hermenéutica patristica. Siempre le atraieron las sublimidades y los arcanos de la Religión, con predilección que luego resultó tan funesta. Pero cuando la pequeña Mary creía entenderles algo era cuando departían sobre puntos de astronomía, otro de sus temas favoritos. Las gentes cortesanas vieron más de una vez al Rey y al sabio —y es de presumir que en más de un caso consintieran que fuese con ellos la pegadiza chicuela— encaramarse a las terrazas de Palacio para contemplar y estudiar el orto y ocaso de los astros o el fulgurante centellear de las constelaciones....

Ante todo Santo Tomás, sin aspavientos ni mojigatería, fué a lo largo del curso de su vida lo que hoy llamaríamos un católico a prueba de bomba; el "muro fuerte" de que habló Lope de Vega, "más Bautista que Tomás", porque no necesitó ver para creer. Creía, como el Precursor, con fe de vidente, pero ni estribó en sus devociones para eludir otros deberes, ni dejó de compartir entre éstos y aquéllas todas las horas del día. Si no le bastaban, quedábanle las

de la noche. El patricio, sentado mañana y tarde en su silla curul desojándose sin descanso entre rimeros de papel, levantábase a veces a las dos de la madrugada para sus rezos. Y no porque se avergonzase de practicar su religión. Domingos y días festivos, prescindiendo del permiso que tenía para que se celebrase misa en su casa, daba ejemplo acudiendo a oír la en la próxima parroquia (entonces, de Todos los Santos; desde el siglo XVII, de San Lucas) y allí ayudaba al oficiante; allí se honraba portando ora el pabellón, ora la Cruz; y allí labró más tarde la capilla cuyo diseño se atribuye a Holbein, en la que dispuso lo que pensaba él que fuese su panteón. Pero, además, en su "edificio nuevo", un pabellón en el que instaló biblioteca, cuarto de estudios y recibidor, tenía preferente lugar el oratorio en que, a diario, rezaba con sus íntimos y su servidumbre, las oraciones vespertinas, el *Miserere*, la *Salve Regina*, el *De profundis*, preces que, así como en Cuaresma los pasajes de la Pasión, glosaba con pláticas sencillas el señor de la casa.....

Y si tal era el creyente, el hombre docto, que se escondía menos, sobresalía aún más. Y cuenta que sobresalir por talentado en la Inglaterra pre-isabelina no era fácil. Las calles de las ciudades universitarias presenciaban frecuentes riñas de "troyanos" con "griegos" y de "estoicos" contra "escolásticos"; los partidarios de Escoto promovían motines contra los admiradores de Platón. El clero hervía en polémicas acerca de disciplinas y liturgias. En el Parlamento eran temas candentes las prerrogativas de la Iglesia y los derechos inmanentes de la Corona.....

En la Corte vibraba aún el recuerdo de la madre de Enrique VIII, Margarita de Richmond, instruida, piadosa, amiga de las letras y de la música. Factores todos de un clima en el cual, para florecer y fructificar, había que llamarse Polidoro Virgilio o Bernardo Andrés de Tolosa, Morton, Linae, Desiderio Erasmo, Latimer, Grocyn, Vives, Coletto, Fisher, Lilly, Wolsey, Tunstall, Tyndale, Fox, Cranmer. Y sobrepujar esos nombres, aunque a algunos los malease el error, sólo podía lograrlo quien tuviera esfuerzos de gigante o especial permisión de Dios.

Sin duda Moro la tuvo... De ahí, aquella su prodigiosa facultad de adaptación que ponderaba Erasmo en él al hacer notar que cuando hablaba con hombres cultos les deleitaba con su talento y cuando departía con bufones y tontainas era él quien se recreaba con sus necedades. ¡Cómo reíría María Tudor cuando le contarán, por ejemplo, una de las ingeniosas salidas del loco Pattenson en el salón de Sir Tomás! Entró en él un colosal narigudo, y no más verlo el desvergonzado Path, exclamó: —¡Qué narizotas!— Una mirada de reproche de su patrón le hizo instantáneamente rectificar así: —Perdón, me equivoqué, ¡qué naricitas! Y como otra mirada enojada de Moro le advirtiera de la nueva inconveniencia, se simuló corrido al par que decía, retirándose: —Perdón, perdón; el señor no tiene narices de ninguna clase.

Si alguien estima incongruente con una perfección que hoy es ya santidad en los altares la condescendencia de Moro con la frívola desenvoltura de un chistoso profesional, así como la inclinación marcada a la ironía que en libros y en decires era nota típica de Sir Tomás, será porque olvide que el buen humor es legítima criatura del equilibrio y de la sanidad del alma y que la ironía —acíbar en los labios del hipocondríaco, rejalgar venenoso en los del bellaco— es también una de las excelencias de los espíritus superiores; unas veces excipiente que dora la píldora, otras calmante que amortigua la reprimenda, muchas escarceo de la bondad misma para no dar paso a la indignación. La euforia de Tomás Moro, velada por sus bromas burlonas como su sol inglés por las neblinas, es hermana carnal de las francas alegrías con que, bajo las amplitudes despejadas del firmamento castellano, sonreía y aun reía a man-

díbula batiente el estilo transparente de Teresa de Jesús. No, ningún tonto es irónico. Cuando pretende serlo, se columpia entre la simpleza y la desfachatez. En cambio, las ironías de Moro eran ingeniosidad en el diálogo, argumento desconcertante en el informe forense, sal en sus cartas, latigazo en sus arengas.....

Justificada estaba, por tanto, la captación que de Sir Tomás hicieron Enrique VIII y Wolsey.....

Libra a libra había ganado con sus desvelos su bienestar, mejor dicho, el de los suyos, sus amigos y sus pobres. Su bolsa no era embalse, sino canal distribuidor. De sus bienes materiales sólo se consideraba depositario a las órdenes de Dios. En una ocasión —tendría María Tudor trece años y el caso fué muy comentado en la Corte— se quemaron sus graneros y almacenes, en los cuales con su trigo ardió el de varios vecinos que se lo habían confiado. Moro, al servicio del Rey, estaba en Woodstock, y véase lo que escribió a su mujer en carta que parece estar trazada por la pluma de Job: "Puesto que Dios ha querido enviarnos esa suerte, no sólo debemos estar contentos, sino alegres de Su visita. El nos envió lo que nosotros hemos perdido, y puesto que El quiso tomárnoslo de nuevo, Su voluntad debe ser colmada. No murmuremos de ello, sino tomémoslo a buena parte y démosle cordialmente las gracias... Su sabiduría conoce mejor que nosotros lo que es bueno para nosotros mismos. Por tanto, os pido que cobréis ánimos y reuniendo a todos los de casa, vayáis a la iglesia y en ella deis gracias a Dios tanto por lo que nos había dado como por lo que se llevó... Si El desea tomarnos aún algo más, que Su bendita voluntad sea hecha."

Después de lo cual —de ésta que llama Inés Stewart, muestra de "su cristiana resignación y de su filosofía en toda la línea"— aún va más allá, pues encarga a su esposa que, aunque se quede sin una cuchara, resarza a sus pobres vecinos de cuanto perdieran; y a renglón seguido, después de ordenar que se reponga el trigo inutilizado en cuanto fuera preciso al abastecimiento de la casa, dispone que si, como consecuencia de todo, fuera preciso reducir gastos y despedir personal, no se haga esto sin que los despedidos tengan otro amo o algo de qué vivir.....

¡Cuántas veces en sus conversaciones con la Princesita de Gales, repetiría Sir Tomás los mismos conceptos, primor de ternuras, de enseñanzas y de bien decir, que son gala de la correspondencia con sus hijas! "Nada de extraordinario tendrá —les decía, preservándolas contra el envanecimiento— que vayáis al Cielo. En torno vuestro, todos son buenos ejemplos y consejos; siempre veis la virtud premiada y castigado el vicio; así, que subís a él como si os llevaran de la barbilla". "Pero no hay que pensar —escribía otra vez— en remontar al Cielo en un lecho de plumas. Nuestro Señor mismo no ascendió a él sino sufriendo, y los servidores no han de ser más afortunados que el amo." Y cuando les hablaba de sus estudios —Quintiliano, Salustio, latín, los filósofos— congratulábase especialmente de sus progresos en astronomía. "Felices vosotras que en un mes y con poco esfuerzo aprendisteis tantas maravillas de la obra poderosa y eterna descubierta por los sabios tras muchas generaciones y después de largas y frías noches escrutando el firmamento despejado con intensa atención y labor." El Cielo, siempre el Cielo, cuando no el de los ángeles el de las estrellas, era el norte hacia el cual enderezaba Moro las miradas de cuantos seguían sus directrices.....

.... Así era el arquetipo de perfección moral; así el módulo de equilibrada destreza, recomendado como dechado digno de imitación por su preceptor y por su madre —y, al principio, hasta por su propio padre— a la todavía presunta heredera del trono de Inglaterra.

(De "María Tudor", de Llanos y Torriglia.)

Santo Tomás Moro: Una apreciación inglesa

De todos los santos canonizados por la Iglesia durante estos últimos cuatro siglos, es Santo Tomás Moro uno de los más afines a nuestra propia época. Esta afinidad empieza ahora a comprenderse en toda su profundidad y significación. Otros santos nos inspiran por su intensa devoción contemplativa, o por la dedicación absoluta de sus vidas al servicio de Dios, pero Moro nos interesa hoy por haber sido un seglar cristiano que vivió también en una época de cambios revolucionarios. Quizá la mayor de sus virtudes, fuese su firmeza en negarse a simplificar los hechos con los que tuvo que enfrentarse. Moro, siendo un intelectual, comprendía que nadie puede sin grandes pérdidas ignorar los acontecimientos de su propia época, y que aún la fé misma se marchita cuando el seglar que la profesa se desentiende del mundo circundante; pero al mismo tiempo, como cristiano, Moro creía que los verdaderos preceptos morales tenían como fundamento la garantía objetiva de la revelación, y que cualquier sociedad que los abandonase estaba condenada, más tarde o más temprano, al desastre. Moro se sintió llamado a trabajar por la reconciliación de estas dos posiciones, en una edad en la que se tendía a verlas en irreconciliable oposición. Así, tomando parte activa en la sociedad contemporánea y al mismo tiempo manteniendo con firmeza sus principios cristianos, sin titubeos ni claudicaciones de ninguna clase, pensaba Moro prestar un servicio tanto a su patria como al mundo civilizado, y aunque aparentemente fracasase en esto, hay suficientes razones para pensar que todavía la lección de su vida ha de sernos de gran provecho y enseñanza.

Si se le hubiese preguntado a Moro en qué consistía la aportación que él deseaba hacer tanto a Inglaterra como a Europa, no hubiera señalado ni su rango político ni sus deberes de tipo legal, sino su participación en el movimiento humanístico de su época. El hecho de que las grandes esperanzas de los primeros humanistas se viesen arrasadas por los acontecimientos políticos y religiosos acaecidos después de la muerte de Moro, y desapareciesen ante la realidad de los conflictos religiosos y comerciales que rompieron para siempre la unidad de Europa, no debería cegarnos para comprender cuán noble y conmovedora era su actitud. Cuando Moro encontró a Erasmo en el año 1500, y por inspiración suya se dedicó al estudio del griego, se puso por primera vez en contacto con un hombre, para quien la continuidad de la cultura europea, la fusión de la tradición pasada con la erudición presente, constituía una realidad profunda. Muchos de los humanistas, y entre ellos Erasmo, si bien comenzaron dando versiones nuevas y más exactas de los textos clásicos, tenían sin embargo un propósito que rebasaba la mera erudición. Reaccionando contra la tradición escolástica que había perdido su inspiración original y había decaído hasta convertirse en un puro formalismo, ellos deseaban penetrar las masas de comentarios artificiosos que habían ido acumulándose para llegar a tener la visión personal y moral de los autores clásicos. Al devolver a los textos su primitiva pureza, estos humanistas se encontraban en posesión de una visión fresca y nueva, aplicable a la vida de su propia época. Esta visión no implicaba de manera alguna una ruptura con las verdades cristianas, ni con las grandes tradiciones del pasado, sino que era más bien un enriquecimiento de la herencia común. Es innegable que tanto Erasmo como muchos de sus compañeros no eran como Moro, hombres de madera de mártires, sino que más bien participaban de ese culto escepticismo que suele acompañar a la erudición inteligente; pero el hecho de que Moro y Erasmo estuviesen unidos toda

la vida por estrechos lazos de admiración y de amistad, nos prueba que tenían muchas cosas en común. Es cierto que no han existido dos espíritus más diferentes que los de Erasmo y Lutero, y que el humanista fracasase en su intento de armonizar la continuidad y el progreso, mientras que el revolucionario conseguía romper con el pasado, debe considerarse como una de las tragedias de la historia de Europa. Erasmo vivió y Moro murió, entre otras cosas, por la unidad, la vida, y la continuidad de la cultura europea.

A la luz de estas observaciones es como debemos considerar la obra más famosa de Moro, "UTOPIA", publicada en 1516. Casi desde el momento mismo de la publicación de su libro, las intenciones que pudo haber tenido Moro al escribirlo, han sido interpretadas de las más diversas maneras. Los críticos han señalado repetidas veces la diferencia existente entre algunas de las ideas de Moro, expuestas en este libro, y aquellas otras de inspiración más netamente cristiana, por las que más tarde había de morir. Estos críticos no han tenido en cuenta los límites intelectuales que el propio Moro se puso a sí mismo en esta obra. "UTOPIA" es la descripción de la sociedad humana ideal, tal y como aparece a la luz de la razón humana obrando por sí sola. La luz de la revelación se excluye deliberadamente, no porque Moro la negara ahora o en cualquier otro momento de su vida, sino precisamente porque creía que el hombre había sido dotado de razón para descubrir la verdad, y que por lo tanto, las conclusiones de la pura razón no podían en su último análisis ser contrarias a lo que enseña la revelación. En "UTOPIA", no se habla de la verdad revelada, pero jamás los descubrimientos de la razón traspasan el territorio que les pertenece. Este aspecto del esfuerzo intelectual de Moro es profundamente significativo visto a la luz de los sucesos posteriores. No mucho después de su muerte, en una época de crisis espiritual, la tendencia era ver un abismo casi necesario entre la razón y la fé, admitiendo tácitamente su enemistad. Las consecuencias de esta división tan desastrosas, tanto para la religión como para el mundo, permanecen aún entre nosotros: por un lado una religión puesta a la defensiva con demasiada frecuencia y demasiado recelosa también de la capacidad de la razón, aún dentro de su propia esfera; y por otro, una ciencia cada día más dominada por el materialismo, y menos cuidadosa de lo espiritual. Pero por debajo de este intento de Moro, en "UTOPIA", de seguir los dictados de la razón encontramos que existe una tradición más antigua y quizás más acertada. La verdad no puede ser contradictoria aunque nuestra comprensión de ella sea incompleta. Son grandes las dificultades a las que la razón puede llevarnos. En la época de Moro, cuando el fundamento mismo del pensamiento tradicional estaba expuesto al choque con los nuevos descubrimientos, estas dificultades no podían ser más evidentes; pero la misión del intelectual, tal y como Moro la concebía, era enfrentarse con estas dificultades, con la fe cierta mantenida a su vez por la propia razón, de que no habrían de prevalecer. Así, los habitantes de "UTOPIA", creados por la fantasía de Moro, llegaron a conclusiones que si eran más incompletas que las de los cristianos, no estaban sin embargo en pugna con ellas. Veían que la estabilidad de una sociedad se basa en que todos sus miembros acepten unos principios morales comunes, que a su vez dependen de la manifestación visible y organizada de la fé religiosa; y su religión aunque necesite de la luz de la revelación para adquirir verdadera vida, no contradice en ningún punto esencial las doctrinas de la Iglesia.

Al esforzarse en aplicar la razón a las leyes fundamentales de la sociedad, Moro se encontró en la posición misma del filósofo que al principio se interesaba tan sólo por cuestiones de principios generales, y acababa después sumido en problemas delicados y peligrosos acerca de la aplicación práctica de dichos principios.

Los habitantes de "UTOPIA" vivían armoniosamente gobernados por los principios de la razón; pero Moro se dió cuenta inmediatamente del contraste existente entre ellos y muchos aspectos del mundo de su propia época. En este mundo las fuerzas de la pasión egoísta y de la desunión social, contra las que él iba a luchar toda su vida, iban ganando terreno rápidamente. Al observar esta realidad, Moro no por eso dejó de alabar las instituciones tradicionales, aunque éstas se habían convertido con demasiada frecuencia en los soportes inertes de la avaricia despiadada y del egoísmo poderoso; sino que prefirió esforzarse en comprender las causas de la intranquilidad social llegando a conclusiones que si bien eran reales, no por eso dejaban de ser profundamente perturbadoras. Moro fué uno de los pocos hombres de su época que comprendió las causas del malestar social que veía a su alrededor. Lo que en realidad sucedía era que la sociedad inglesa medieval estaba transformándose en una sociedad moderna, por así decir, abandonando su régimen agrícola medieval con el que se bastaba a sí misma, por las modernas empresas capitalistas. Esta transformación, por muy necesaria e inevitable que ahora nos parezca, implicaba una gran tragedia y una gran pérdida. La sociedad medieval se basaba fundamentalmente en un sistema de pequeños intereses agrícolas. El labrador que poseía su trocito de tierra, o la tenía arrendada gozando de pequeños derechos consagrados por la ley consuetudinaria, tenía en sus propias manos sus medios de subsistencia. Frecuentemente vivía mal. Una mala cosecha, o un tiempo desfavorable le ponían en trance de morir de hambre, pero mejor o peor siempre salía adelante. La gran revolución económica del siglo XVI transformó todo esto al cambiar el concepto de riqueza basándolo no ya en las tierras y cosechas, sino en el dinero, en el capital. La nueva clase de hombres adinerados, que iba haciéndose cada vez más poderosa tanto en lo económico como en lo político, no consideraba ya que la tierra era la base de su alimentación, sino que la consideraba más bien como una propiedad, o como pastos en los que se criaban los grandes rebaños de ovejas que se necesitaban, para exportar al extranjero la lana que constituía la principal materia prima del mercado inglés. Con frecuencia usaron de su poder para expulsar al campesino de su tierra, vallándola después y apropiándose, convirtiéndola así muchas veces, estas grandes zonas de cultivos, que producían alimento para una comunidad agrícola, en extensos pastos para la cría de ovejas. Es difícil juzgar hasta qué punto está justificada moralmente esta amplia revolución económica, sin la cual hubiera sido imposible el desarrollo de la compleja y variada sociedad moderna. Moro probablemente tuvo que vacilar antes de adoptar una postura decisiva. Por un lado, comprendía la necesidad de una evolución social, mientras que por otro, ciertamente pensaba que esta evolución podía haber sido mejor dirigida, ateniéndose más a las consideraciones morales y humanas esenciales, y menos a los intereses egoístas de unos pocos que pisoteaban así los derechos de una mayoría sufriente. Como consecuencia de esta transformación social, surgió en Inglaterra una clase de campesinos desposeídos quienes, al perder su manera tradicional de ganarse el sustento, dejaron de sentirse como miembros de la sociedad y fueron fácilmente atraídos por doctrinas revolucionarias de todo tipo. Moro, en su "UTOPIA", con palabras muy claras y decisivas, señala las causas de esta situación y enjuicia a los responsables de ella. Dice así: "Cuando pienso en todas estas comunidades que florecen hoy día por todas partes, Dios me valga si veo otra cosa que no sea una conspiración de los ricos tratando sólo de obtener sus propias comunidades, aunque pretenden que obran en nombre del bien común." El propósito esencial de "UTOPIA" es combatir la anarquía, no tanto la de los pobres que tiene sus raíces en el abandono y la desesperación, como aquella otra que con menos frecuencia es atacada por aquellos que ostentan

cargos importantes, es decir, contra la anarquía de los ricos que se aprovechan de las épocas de cambio revolucionario, y olvidando sus obligaciones cristianas y sociales, sólo se preocupan de obtener sus propias comodidades, su bienestar, a expensas de la solidaridad social, y traspasando los límites de la ley moral.

Esta lucha contra la anarquía que Moro emprendió en un terreno puramente intelectual en su "UTOPIA", fué también la más destacada característica de su carrera política. En 1529, al caer el Cardenal Wolsey, fué nombrado Canciller, siendo esta la primera ocasión en la historia de Inglaterra en que un seglar ocupase dicho cargo. Como consecuencia de este nombramiento se vió obligado a enfrentarse con el problema planteado por Enrique VIII al desear divorciarse de Catalina de Aragón, lo que provocó la gran crisis de su propia vida. Para darse completa cuenta de las razones de Moro para negarse a apoyar a Enrique VIII en su conflicto con el Papa, es necesario comprender bien el verdadero carácter de la Reforma en Inglaterra. Durante la época de Enrique VIII se trataba más bien de un movimiento político que religioso. Es indudable que existía un cierto fanatismo religioso y un descontento con tendencias protestantes, que tanto Enrique VIII como sus consejeros usaron para llevar a cabo sus propósitos; pero el propio rey siempre manifestó su convencimiento de que seguía profesando la religión ortodoxa, y que su pelea con Roma era perfectamente compatible con su persecución de los herejes. La acción que Enrique VIII pretendía llevar a cabo, era discutida en realidad, porque no se trataba de modo alguno de una mera cuestión de pasión personal, sino de la actitud política de una época en pleno cambio revolucionario. Esta actitud, que en términos modernos llamaríamos "totalitaria", chocaba violentamente, como tan sólo Moro pudo ver con claridad, con los conceptos morales tradicionales, que son la base de la civilización cristiana.

El problema tal y como se le presentaba a Moro era de una gran complejidad. La nueva teoría del estado había sido formulada con gran fuerza lógica y habilidad intelectual como nos lo prueba Maquiavelo, contemporáneo de Moro, siendo indudable que su aparición era debida al ambiente de anarquía feudal y de caos internacional existente entonces y cuya característica esencial fué el derrumbamiento del ideal medieval de la unidad de Europa. El Sacro Imperio Romano-Germánico, que había sido la expresión visible de esta unidad, comenzó a desmoronarse en la época de Dante, y ahora la Reforma había destrozado también su base espiritual al establecer la diversidad de creencias. En los dramas históricos de Shakespeare encontramos una clara prueba de que muchos ingleses conservaban aún vivamente impresos en sus mentes las consecuencias de este derrumbamiento. Los partidarios de la monarquía de los Tudores consideraban que las guerras feudales de las dos Rosas, que habían asolado a Inglaterra durante la segunda mitad del siglo XV, debieron al debilitamiento del poder real, y sólo pudieron terminarse con la victoria de Enrique VII en Bosworth Field, que así establecía firmemente la nueva dinastía. Durante esos treinta años de guerra civil, la decadente aristocracia feudal que mantenía ejércitos privados luchó sólo para defender sus intereses, saqueándolo todo a placer, y colocando así la vida y las propiedades del inglés medio a merced de una soldadesca salvaje. Se sostenía entonces que el éxito de los Tudores en restablecer el orden y la autoridad en Inglaterra, constituía una prueba irrefutable de la necesidad de un fuerte poder central; siendo una realidad indiscutible el hecho de que la nueva monarquía surgiese casi simultáneamente en Inglaterra, Francia y España. Enrique VIII, Isabel, Francisco I, los Reyes Católicos y Carlos V, eran muy diferentes unos de otros, tanto por sus caracteres como por el concepto que tenían de sus deberes, pero todos nos demuestran la existencia de una realidad política común cuyos efectos empezaban a ser palpables en todas partes.

La nueva monarquía justificaba la necesidad de su existencia, no sólo considerando la situación interna del país, sino también acogiéndose a la interpretación contemporánea de las relaciones internacionales. El exaltado nacionalismo tan característico del siglo XVI era la consecuencia natural que se produjo al perderse la creencia

tradicional de que las relaciones políticas entre los hombres estaban regidas por una ley moral que todos acataban. La base de todo este nacionalismo lo encontramos en el profundo pesimismo de Maquiavelo respecto a la naturaleza política del hombre: *Sono gli uomini tristi* en su axioma favorito en *El Príncipe*. En un mundo anárquico gobernado tan sólo por los dictados de la fuerza, el que el hombre sobreviviese como animal social dependía exclusivamente de que tuviese la habilidad de agruparse en una gran comunidad de personas movidas por una empresa común constituyendo así una fuerza indiscutible. La vida de esta comunidad era, aún en el mejor de los casos, algo precaria, pues estaba constantemente amenazada tanto por fuerzas internas como externas. En el interior, los intereses particulares, que habían provocado en Inglaterra las guerras civiles del siglo XV eran los mayores enemigos del estado. En el exterior, los enemigos eran los estados políticos similares, que existían dentro de cada nación, ya que ninguno de ellos se sentía refrenado por consideraciones morales, dedicándose sólo a llevar a cabo sus propósitos. En un mundo del tipo postulado por Maquiavelo, y existente en la realidad en tiempos de Moro, si uno no se extendía tenía que someterse entonces a la expansión de sus vecinos, si uno no atacaba y devoraba el primero se exponía a ser devorado inmediatamente. Así, se proclamaba que en estas condiciones el estado nacional necesitaba actuar siempre con gran decisión, y con frecuencia sin escrúpulo alguno, ya que pertenecía a un mundo en el que no había más razón que la fuerza; y el príncipe encarnaba la voluntad del cuerpo político siendo como si dijéramos, la clave de toda acción decisiva. Los apologetas del nuevo estado afirmaban que para que el príncipe pudiese actuar decisivamente, era necesario que su autoridad fuese suprema e incuestionable.

El hecho de admitir la existencia de una autoridad, aunque ésta fuese solamente espiritual, fuera de las fronteras del estado omnipotente, ya era una debilidad, porque los súbditos del príncipe en un momento de crisis podían vacilar en su fidelidad absoluta, menoscabando así la eficacia de sus acciones y abriendo el camino a las fuerzas anárquicas del interior y dominadoras del exterior que siempre estaban al acecho para derrumbar el estado.

Estos eran los principios básicos sobre los que se asentaba esta primera reforma de Enrique VIII acerca de la cual Moro fué llamado a dar su parecer. Nunca dudó de su respuesta. Por un lado, siendo un verdadero hombre de su época, comprendía el argumento en pro de la necesidad política de la nueva monarquía. Por otro, temía la revolución, no por sí misma, sino por las pérdidas y el desorden que traería consigo. Como hombre de su época creía deber suyo obedecer y servir a su rey, cuya autoridad dentro de ciertos límites consideraba otorgada por Dios. Convencido de esto, Moro aceptó prestar sus servicios en el Consejo real en el año 1518 y hasta el último momento se consideró obligado por el juramento de lealtad que entonces prestara. Es muy característico de Moro que a lo largo de su carrera jamás intentase romper con el rey, haciéndolo tan sólo cuando los acontecimientos le forzaron a ello. Pero los problemas que plantearon tanto el proyectado divorcio, como el acta de supremacía que Enrique quería hacer jurar a sus servidores eran cuestiones muy diferentes. Moro era ante todo un cristiano para quien la ley moral no podía tener solamente un origen político o una aplicación nacional. Hubiera contestado a Maquiavelo diciéndole que su teoría política, aunque nacía naturalmente de las circunstancias políticas de su época, no era una solución real a los problemas de la sociedad civilizada. Porque admitir como Maquiavelo que la fuerza era el único árbitro de las relaciones políticas del hombre, significaba que la sociedad a lo largo

habría de extinguirse; ya que el Príncipe de Maquiavelo, aunque pudiera mediante acciones decisivas y poco escrupulosas prolongar la vida de su estado, no podría salvarlo de la destrucción inherente a su propia naturaleza. Es probable que el propio Maquiavelo hubiera aceptado esta conclusión pesimista, replicando que "*essendo gli uomini tristi*" no había otra solución. Moro no podía aceptar este pesimismo, porque sus reflexiones se basaban en una tradición más antigua y más comprensiva, según la cual el orden político era tan sólo una parte del orden moral, en el cual el hombre era considerado, según palabras de Aristóteles, como un *animal político* que necesitaba vivir en sociedad para alcanzar su plena personalidad, pero también como un ser moral cuyos fines espirituales e individuales no podían pertenecer más que al orden eterno. Por encima de sus obligaciones hacia el príncipe que Moro como hombre de su época aceptaba de grado, y de sus deberes hacia su país que tanto quería, existían otras obligaciones extratemporales que no podían ser abandonadas. Por eso cuando le forzaron a negar estos otros deberes, prefirió morir sencillamente y sin rastro de melodrama.

Esta distinción enérgica entre las obligaciones que el hombre tiene para con Dios, y las que debe al César, es la primera gran lección que nos dió Moro al morir. La segunda tiene también una gran importancia. Moro comprendía perfectamente las debilidades de la Iglesia de su época y la manera en que estas debilidades habían contribuido a provocar la crisis misma con la cual era necesario enfrentarse. Las palabras que Moro dirigió a su hija estando en la prisión, son muy decisivas a este respecto: "Hija, es verdaderamente una pena muy grande que un príncipe cristiano sea engañado desvergonzadamente mediante lisonjas, por un Consejo acomodaticio, dispuesto siempre a seguir sus pasiones y por un clero desprovisto de la gracia suficiente para oponerse a sus enseñanzas." Una de las cosas que más debieron preocupar a Moro en sus últimos días era la buena disposición que demostraban la mayoría de los gobernantes de la Iglesia de Inglaterra para aceptar las componendas ofrecidas por un rey que sabía cómo combinar con éxito sus amenazas y sus ofrecimientos de clemencia. Moro sabía que la Iglesia podía ser dominada de distintas maneras además de por la persecución. Más peligrosa aún que la amenaza del martirio, por ser más insidiosa, es la sugestión plausible de que los intereses del orden espiritual pueden ser servidos doblegándose ante el poder temporal. En recompensa a este sometimiento a su voluntad, Enrique VIII, que indudablemente estaba de acuerdo con Maquiavelo en que la unidad religiosa era una garantía de la uniformidad política, ofreció a la Iglesia la seguridad y el apoyo del estado para suprimir la herejía. Bastantes católicos ante estas terribles alternativas, y atemorizados además por la amenaza de la revolución protestante, sintieron la tentación de creer que la Iglesia podría florecer a pesar de hacer concesiones morales al poder temporal. Moro sabía que éstos estaban equivocados. En primer lugar, sabía que el desafío que Enrique VIII lanzaba contra Roma no era sino el primer paso de un proceso que a la larga sería tan destructivo como cualquier otra forma de protestantismo, y lo que es más importante todavía, comprendía que la Iglesia no podía vivir si no conservaba su independencia de criterio en lo espiritual. Los principios por los que vivió y murió pueden definirse magistralmente con las palabras que pronunció en el cadalso. "Habló poco, antes de su ejecución. Pidió tan sólo a los que estaban presentes que rezasen por él en este mundo, y dijo que él rogaría por ellos en otro lugar. Les suplicó después encarecidamente que rezasen por el rey para que pluguiese a Dios darle buen consejo, y manifestó que moría siendo un buen servidor del rey, pero de Dios ante todo."

DEREK TRAVERSI



Santo Tomás Moro (De un dibujo de Holbein)

La profesión de fe de Santo Tomás Moro

"Yo, por la gracia de Dios, siempre he sido católico y nunca me he apartado de la comunión y obediencia al Papa, cuya potestad entiendo que es fundada en el derecho divino y que es legítima, loable y necesaria, aunque vosotros temerariamente la habéis querido abrogar y deshacer con vuestra ley. Siete años he estudiado esta materia y revuelto muchos libros para entenderla mejor, y hasta ahora no he hallado autor santo y grave, ni antiguo ni moderno, que diga que en las cosas espirituales y que tocan a Dios, hombre y príncipe temporal pueda ser cabeza

y superior de los eclesiásticos, que son los que las han de gobernar; también digo que el decreto que habéis hecho ha sido muy mal hecho porque es contra el juramento que habéis hecho de no hacer jamás cosa contra la Iglesia católica, la cual por toda la cristiandad es una e indivisa, y no tenéis vosotros solos autoridad para hacer leyes ni decretos ni concilios contra la paz y unión de la Iglesia universal. Esta es mi sentencia, esta es mi fe, en la cual moriré, con el favor de Dios." (Del P. Ribadeneira. Historia del Cisma de Inglaterra.)

Estas palabras, pronunciadas con entereza por Moro, como respuesta al Tribunal que le acusó en nombre de Enrique VIII, le valieron su sentencia de muerte. Su valor ejemplar y maravillosa concisión con que resume su amor a la Iglesia y a su unidad, hacen que no podamos por menos de insertarlas en nuestro número.

CUATRO INTERPRETACIONES ESPAÑOLAS DE TOMÁS MORO

(VIVES, RIBADENEYRA, QUEVEDO, BALMES)

No sería difícil formar una pequeña Antología con textos de los escritores españoles que sobre él han hablado.

Me limitaré a cuatro de primera categoría: Vives, Ribadeneira, Quevedo y Balmes. Cada uno le enfoca desde el fondo de su época histórica en forma diversa. Vives vé en él al humanista; Ribadeneira, al mártir; Quevedo, al político; Balmes, al sociólogo: Entre los cuatro, una interpretación histórica tan integral y plástica, como los varios retratos que de él nos ha dejado Holbein.

I

MORO EN LOS ESCRITOS DE VIVES

La amistad entre Vives y Moro surgió como un episodio de la amistad de ambos con Erasmo. La crítica moderna coloca hoy en pie de igualdad literaria y como valores equipolentes a este Triunvirato del Renacimiento Nórdico de la Europa del seiscientos. Pero debemos consignar que durante su vida, el modesto pedagogo y publicista valenciano ocupó un puesto de rango social muy inferior al de los colosos Moro y Erasmo, razón por la cual la amistad de Vives con ellos no llegó al grado de intimidad y camaradería intelectual verdaderamente renacentista que enlazó las vidas de los dos anteriores. El trato de Vives con Moro y Erasmo fué siempre de inferior a superior, de discípulo a maestro, de protegido necesitado a protectores benévolos y poderosos.

La primera vez que aparecen enlazados los nombres de este Triunvirato de humanistas es hacia 1519, en unas cartas cruzadas entre Moro y Erasmo. Aquél sólo conocía al valenciano por la referencia de su amigo y por la lectura de alguna de sus obras. Las frases de ambos personajes a la sazón en la plenitud de su fama literaria, constituyen el espaldarazo definitivo con que Vives, joven profesor de 27 años, queda armado caballero en la nueva Orden militante del Humanismo Renacentista.

"Aunque no hay nada en los escritos de Vives que no agrade extraordinariamente a cuantos los leen, a mí personalmente me ha causado un placer especial su libro "Contra los Falsos Dialécticos"... porque encuentro allí tratadas con razones idénticas a las mías muchas cosas que ya de antiguo tenía formuladas, cuando todavía no había leído a Vives.

..... Celebro y me agrada sobremanera el que un idéntico tema haya ocupado nuestras dos inteligencias y que de tal manera lo hayamos tratado ambos que, si bien él lo ha hecho con mayor amplitud y elegancia, hayamos coincidido a veces no sólo en las ideas, sino hasta en las mismas palabras.

Me complace en creer que nuestros ánimos, arrastrados por la fuerza de una conjunción oculta, han venido a reunirse bajo el signo de un mismo astro familiar." (Opera. Vol. I, pág. 36.)

Gracias a este acercamiento a Tomás Moro, entró Vives en contacto con Catalina de Aragón, con el rey Enrique VIII, con el canciller Wolsey y con San Juan Fisher. Por carta de Vives a Erasmo sabemos que ya en julio de 1521 vivía del dinero que le mandaba la reina Catalina y acaso también el mismo Tomás Moro, según se despre-

de de un pasaje que luego citaremos. Con verdadera ansia esperaba Vives la llegada a Brujas de los embajadores ingleses Cardenal Wolsey y Moro, que en verano de 1521 acudían a esta ciudad a parlamentar con Carlos V. Allí les propuso su situación económica y quedó invitado por ellos para establecerse en Inglaterra, cosa que no hizo sino hasta el año 27.

A esta época pertenecen los dos elogios más expresivos de Vives sobre Tomás Moro. Uno de ellos forma parte de los Comentarios a la Ciudad de Dios.

"Estas cosas no quiero decir las con palabras mías, sino de Tomás Moro, varón cuyas alabanzas no caben en esta breve reseña intercalada incidentalmente. Ni siquiera en un gran volumen cabrían todas las alabanzas que él se merece. Porque, ¿cómo describir en toda su grandeza sus dotes de ingeniosidad, armonía de juicio, variada erudición, fecunda elocuencia de lenguaje, probidad y suavidad de costumbres? ¿Dónde encontrar mayor prudencia y eficacia de consejo para prevenir los negocios, junto con tan grande destreza en ejecutarlos? ¿Dónde mayor moderación, integridad, espíritu justiciero y fidelidad en todas las cosas? Hay que afirmar rotundamente que en el ejercicio de todos sus variados cargos es perfecto, absoluto y consumado, y modelo ejemplar en todas las especialidades que cultiva. Grandes cosas estoy diciendo y acaso se admiren de ello los que no conocen a Moro, pero cuantos le conocen, han leído sus libros, o han sido testigos de su manera de proceder en todos los actos de su vida, saben que son absolutamente ciertas. Tiempo oportuno llegará en que me sea permitido desplegar las velas por el ancho piélagos de sus alabanzas." (Libro II. Cap. VII.)

Antes de partir para Inglaterra publicó algunas de sus clásicas "Declamaciones", género literario muy de moda entre los humanistas y en una de las cuales Vives trata de poner de relieve la amistad y estima de Moro para con él al encargarle la redacción de tal "Declamación".

"Justo es que se perdone mi atrevimiento en razón de las fuerzas poderosas de la amistad que lo han motivado. Porque yo, al acometer este trabajo, he obedecido a la amistad no de un amigo cualquiera, sino de todo un Tomás Moro, varón hecho y conformado por la naturaleza como modelo de las más santas y ardientes amistades. Porque él, no contento con amar, cosa que basta y sobra para la amistad... añade enclima de ese cariño sincero y total, consejos, ayudas y hasta dineros, cuando el amigo los necesita. Nadie podrá igualar a Moro en la prudencia y eficacia de consejo, en fidelidad a ese trabajo, en benignidad para socorrer, y todo ello realizado en forma tal que no sólo accede en seguida a lo que se le pide, sino que se adelanta a prevenirlos.

No quisiera se fuera a creer que me dedico a cultivar interesadamente la amistad de este amigo de cuya benevolencia tan copiosos frutos he percibido, aunque la mayor alabanza para mí es que Moro mismo no me haya juzgado indigno de ser por él tan delicadamente amado y favorecido; pero es

lo cierto que este amigo Moro, como hubiese leído a su hijo Tomás y a sus hijas Margarita, Isabel y Cecilia (vástagos dignos de tal padre), la anterior Declamación de Quintiliano, deseando guiarles mejor al estudio de la sabiduría por el camino de la elocuencia, me rogó en varias cartas que me encargase yo de responder con otra a dicha Declamación... Varias cosas me han admirado en este mandato de Moro. Primera, el ser yo precisamente el escogido. Después, el tener que hablar frente a Quintiliano... Por fin, y principalmente, el no haberse encargado de ello el propio Moro que en ingenio, discreción, práctica de las cosas y elocuencia me aventaja tanto. Yo, en un principio, rechacé este encargo de Moro, pero habiendo venido él poco después a la ciudad de Brujas en calidad de embajador de su Rey, volví a rogármelo. No tuve, pues, más remedio que aceptar este compromiso. (Opera. Vol. II, página 484.)

En su "Institución de la Mujer Cristiana", impresionado por el espectáculo del hogar de Tomás Moro, ejemplo de ciencia y virtud en todos sus componentes, hace honorable mención de sus hijas Margarita, Isabel y Cecilia, proponiéndolas como modelos de mujeres que sin dejar de ser excelentes cristianas, lograron una gran cultura literaria.

En su "Tratado de la manera de escribir las cartas", se complace en poner por vía de ensayo práctico, ejemplos donde, aparecen fragmentos de cartas ficticias o reales referentes a Moro.

"Cuando escribas o te enteres de alguien que escriba a Moro, no te olvides de incluir especialísimo saludo en nombre mío, tanto para él como para sus hijos y para su esposa, mi Margarita Ropper, a la cual amé yo desde la primera vez que la conocí, igual que si se tratara de mi hermana carnal." (Opera. Vol. II, pág. 308.)

Particular importancia tienen los pasajes de sus obras didácticas, donde coloca a Moro, como modelo que deben leer e imitar los jóvenes que se educan en las diversas disciplinas literarias y como refutación de aquellos que temen que el cultivo de los autores grecolatinos arrastren a los humanistas a la Herejía. Recuérdese la frase del jesuita Bobadilla "qui graecizabant, lutheranizabant".

Moro es para Vives uno de los modelos que nunca deben dejar de la mano los estudiantes. En Poesía, porque con su "agudeza erizada de agujones y de ingenio, purgó el género Epigramático de sus profanas paganas, y le hizo digno del Cristianismo". (Opera. Vol. VI, pág. 123.)

En el género Político le pone por su "Utopía" a la par de Platón.

"Mucho deben leerse tanto la República de Platón y sus leyes, como la sobredicha Utopía de Moro, de las cuales se pueden sacar elementos muy útiles para el régimen de la sociedad civil." (Opera. Vol. VI, pág. 408.)

El año 1534 comenta melancólicamente el encarcelamiento de Moro con estas frases a Erasmo:

"Atravesamos tiempos difíciles, en los cuales no se puede hablar ni callar sin peligro. En España están detenidos Vergara y su hermano, Tovar y otros hombres doctos. En Inglaterra, el Obispo de Rochester y Tomás Moro."

El se había salvado gracias a su retirada estratégica de Londres, tal vez más prudente que heroica.

La última vez que se alude a Moro en sus obras es en el tratado "De Anima", y eso muy veladamente, para vituperar la envidiosa actitud de la camarilla de arrivistas, causantes de la tragedia de Moro, y denigradores de su obra literaria. Pero no se hace mención de su martirio. Para Vives seguía siendo Moro más que el santo, el amigo generoso y cordial, el ingenio agudo y atildado, el político

hábil y austero; en una palabra, el arquetipo de humanista que durante toda su vida le había seducido.

II

TOMAS MORO VISTO POR RIBADENEYRA

Al revés que para Vives, para Ribadeneira representa Moro principalmente al héroe martirial del Primado del Papa, Ribadeneira, que es uno de los valores más destacados del Renacimiento español, ni desconoce ni destiema lo que Moro vale como político y humanista, sino que para la tesis fundamental de su "Historia del Cisma" es ese el aspecto que necesita resaltar. Reuniendo en un sólo capítulo todo lo que refiere de Moro a lo largo de dicho libro, tendríamos una pequeña biografía en la que en breves párrafos se alude a sus méritos literarios y a su relieve político, reservado el resto para exponer ampliamente su actuación en el conflicto del divorcio de Enrique VIII, dando a su martirio toda la fuerza apologética que en realidad tiene.

Las cualidades humanas que Ribadeneira admira en Moro son "ingenio", "doctrina" y "costumbres". Reconoce que "fué muy docto en todas las letras, y en la lengua griega y latina elocuentísimo", pero no desciende a analizar literariamente sus obras. De sus virtudes de carácter hace resaltar la fortaleza, alegría y ecuanimidad, incluso en el trance de su prisión y de su muerte: "Nunca se vió en él señal de pena ni de tristeza o caimiento de corazón; antes mostraba grande alegría y decía que todo en este mundo... no es sino cárcel y prisión". Por lo que toca a la política, hace constar que "se ejerció cuarenta años en el gobierno de la República; fué muchas veces embajador de su Rey; tuvo grandes cargos y preeminentes oficios y administrólos con grande loa y rectitud... fué tan poco codicioso que no acrecentó su patrimonio cien ducados de renta; tuvo grandísimo cuidado siempre de amparar la justicia y religión, y de resistir con su autoridad, doctrina y obras que escribió a los herejes." (Cisma, Libro I, Cap. XXVIII.)

Pero todo el empeño de Ribadeneira es, como digo, demostrar el sentido apologético de su martirio, en aras del Primado del Papa.

"El día antes de que le sacasen al martirio escribió con un carbón (porque no tenía pluma) una carta a su hija Margarita, en que le decía el deseo grande de morir al día siguiente... por ser día de la octava del Príncipe de los Apóstoles, San Pedro, pues moría por la confesión de su Primado y Cátedra Apostólica... y así se hizo como él deseaba, porque a los seis de julio padeció." (Cisma, Libro I, Cap. XXIX.)

Esta es la interpretación histórica que de Moro hizo Ribadeneira coincidente con la de Sander, Stapleton, Cardenal Polo, Cardenal de Padua, Gibbons y Fenn en su "Concertatio", y ésta es la que ha prevalecido entre nosotros, debiendo recordar que Ribadeneira fué quien vulgarizó algunas anécdotas de Moro que han pasado a los sermonarios, libros de ascética y devocionarios de piedad, como el sublime diálogo con su querida esposa Luisa cuando ésta le animaba a buscar una fórmula con que eludir la cárcel y el martirio.

* * *

Pero al enfrentar estas dos figuras de Moro y Ribadeneira, nos asalta una curiosidad. La de comprobar la posible influencia que las ideas de Moro hayan ejercido sobre las de Ribadeneira.

En realidad, puede decirse que ninguna. El jesuita demuestra conocer varias obras del Canciller inglés. Por ejemplo, la "Refutación del Libelo contra los bienes eclesiásticos", el "Diálogo de la Tribulación" y el "Tratado de la Pasión del Señor", pero no alude a ninguna otra de sus obras más conocidas, por ejemplo, la "Utopía". La distancia ideológica que separa a Moro de Ribadeneira es mucho mayor que la distancia cronológica y real que va desde el año 1535 en que murió Moro, al 1568 en que Ribadeneira escribe sobre él. En ese breve interregno de tiempo, la

Europa católica recorre siglos de distancia ideológica. Moro murió, consciente de su martirio, pero sin preveer si el gesto de Enrique VIII sería una simple racha de locura religiosa personal, o un cisma irreversible, como de hecho fué. El mismo luteranismo, contra el que escribió Moro varios libros, no había adquirido la grandeza trágica de años posteriores. Faltaban muchos años para que se reuniera el Concilio de Trento. La actitud de Moro frente a los reformadores no podía ser la actitud inexorable de Ribadeneyra frente a una herejía consumada y triunfante, sino la actitud longánime y medicinal de quien espera todavía localizarla y extirparla.

Estamos ante dos actitudes paralelas frente al Protestantismo, pero paralelas por discrepancia más que por coincidencia. La labor netamente humanística de Moro queda del lado de allá de la Reforma. Es optimista, luminosa, rizada por las brisas helénicas del Renacimiento de principios del siglo XVI, preocupada más por las formas literarias que por las ideas.

La obra literaria de Ribadeneyra, en cambio, queda toda ella del lado de acá de Trento y está sobresaturada de la idea combativa de la Contrarreforma católica, preocupada más por la idea que por la forma externa. Esto es muy importante para explicarse la amistad e identificación absoluta de Moro con Erasmo, a pesar de los efectos disolventes favorables al Protestantismo, de los primeros escritos de este célebre humanista.

Este paralelismo por discrepancia se observa en varias obras de Moro y de Ribadeneyra, coincidentes en el tema, pero totalmente dispares en el enfoque y desarrollo. Sirvan de ejemplo dos: Por un lado, la Utopía y el Diálogo de la Tribulación, del inglés; por otro, el Tratado del Príncipe Cristiano y el de la Tribulación, del jesuita español. En nada se parecen los dos libros sobre la Tribulación. El de Moro, escrito en la cárcel poco antes de morir, es puramente abstracto y doctrinal. Recuerda sin poderlo remediar el "De Consolatione Philosophiae", de Boecio, hecho para consuelo personal en su desgracia. El de Ribadeneyra, más que de doctrina teórica, es de aplicación práctica para las naciones católicas, sobre todo para España, frente al peligro exterior del Protestantismo triunfante de la Armada Invencible, y frente al peligro interior de los iluminismos.

La Utopía y el Tratado del Príncipe presentan el mismo contraste. Toda la literatura Utopista de la época, viene a coincidir en el fondo con la literatura de Educatione Principis, abundante también en demasía. El Utopista trata de forjar el Estado Ideal; el Principista, en cambio, se fija en el Monarca Ideal. En aquél hay más de leyenda y de abstracción jurídica, en el segundo preponderan lo histórico y político-social. Pero en la práctica, tan irrealizables son las ideaciones de los unos como las de los otros. Moro es un literato puro, más o menos tocado de ideas democráticas y de espíritu de tolerancia. Ribadeneyra es un Apóstol de la pluma que arremete con las falsas libertades y las peligrosas tolerancias y claudicaciones maquiavélicas de los llamados "políticos": Maquiavelo, La Nue, Bodino, Morneo du Plesis, etc., que tan deplorables consecuencias acarrearán para la Cristiandad en Francia, Flandes, Escocia e Inglaterra. Moro y Ribadeneyra, sinceramente persuadidos cada uno de ellos de la eficacia de su actitud frente a las nuevas ideas, no podían encontrarse nunca. De hecho no se encontraron. Por eso es inútil buscar influencias ideológicas entre ambos. Cada uno vivió una época totalmente diversa y sólo hubieran podido coincidir viviendo en el mismo momento histórico. Pero entonces ninguno de ellos hubiera sido lo que hoy es.

III

SENTIDO POLITICO DE LA UTOPIA DE TOMAS MORO SEGUN QUEVEDO

Es curioso cómo los grandes ingenios se fecundan mutuamente las ideas a siglos de distancia. Tal ocurre entre Moro y Quevedo. Quevedo tuvo como especialidad el sacar de pila las obras olvidadas de algunos grandes autores. Recuérdense las poesías de Fray Luis de León y de Fran-

cisco de la Torre; las obras de Santa Teresa y la traducción de la Vida devota de San Francisco de Sales. Añadamos la traducción de la Utopía de Moro, hecha por Jerónimo Antonio de Medinilla y Porres "a quien importuné a que hiciese esta traducción" (1). La admiración de Quevedo por Moro radica en sus ideas políticas. Quevedo fué un temperamento esencialmente político puesto al servicio de la España decadente de Felipe IV. Su visión de la política exterior de España, mejor dicho, su visión de las maniobras internacionales contra España por parte de Europa y, sobre todo, por parte de la Francia de Richelieu es en él asombrosa. Desde este punto de vista político está vista e interpretada por él la Utopía de Tomás Moro.

A su juicio, es una sátira simulada de la tiranía del Rey de Inglaterra. Tuvo que hacerlo bajo esta forma porque "vivió en tiempo y reino donde le fué forzoso para reprehender el gobierno que padeció, fingir el conveniente. Yo me persuado que fabricó aquella política contra la tiranía de Inglaterra, y por eso hizo su Isla idea, y juntamente reprendió "los desórdenes de los más príncipes de su edad. Fuérame fácil verificar esta opinión". (Quevedo, Obras Completas, Prosa, pág. 1610.)

Ahora bien: Lo interesante para Quevedo es "la larga vista con que aquella alma esclarecida de Moro entrevió los sucesos presentes como ya mostré en mi Carta al Rey Cristianísimo". Efectivamente, en esta célebre carta, verdadero alegato de política exterior hispanofrancesa, airea y saca a luz Quevedo un célebre párrafo de la Utopía, donde con fina sátira se reprocha a la Francia de Francisco I sus desmesuradas ambiciones sobre Italia, Flandes, Borgoña, así como sus maquinaciones dentro de los reinos españoles, terminando por aconsejarle "que dejara Italia y se estuviera en su casa, porque el reino de Francia es mayor de lo que puede cómodamente gobernar uno, y que el Rey no imagine que le conviene pensar en añadirse otros señoríos". (Idem, ídem, pág. 1847.)

El pasaje de Moro tenía en el momento de escribir Quevedo una actualidad mucho más inquietante. Richelieu había desbordado todas las fronteras del Imperio español por Flandes, Franco Condado, Borgoña, Italia. Incluso en España comenzaba a encauzar los movimientos sediciosos de Cataluña y Portugal. Más que contra la aventurera ambición de Francisco I se hubiera rebelado el sentido pacifista del Canciller inglés contra el espíritu hegemónico de Richelieu, perturbador de la cristiandad y alentador del Protestantismo contra las dos ramas católicas de la Casa de Austria. Y he aquí cómo Quevedo acertó a aplicar "bien ajustadas a los sucesos presentes, estas palabras de Tomás Moro, doctísimo varón y mártir de la Fe Católica, tan desembarazadas de los odios presentes, que ha más de 120 años que las escribió en su "Utopía". (Idem, ídem.)

IV

LAS IDEAS SOCIALES DE MORO SEGUN BALMES

El autor del "Criterio" ha dedicado una pequeña monografía a la Utopía de Tomás Moro en su estudio sobre el Socialismo. Su propósito es polémico y defensivo. Se trata de impedir que "los enemigos de la verdad puedan aprovecharse de su nombre (de Tomás Moro) para darnos a entender que condenando las doctrinas de algunos innovadores, condenamos también las de uno de los ornamentos más brillantes de la Iglesia Católica". (Obras Completas, Vol. XI, pág. 269.)

Balmes, en su clara visión filosófica de las instituciones y de sus hombres más representativos, sitúa a Moro y su Utopía dentro del marco histórico real en que ambos se produjeron, concluyendo que es absurdo querer hacerle coincidir con Saint-Simon, Fourier u Owen, a pesar de algunas aclaraciones que podrían hacerse al pensamiento del Canciller inglés. Un análisis minucioso de las ideas sociales de la Utopía, lo conduce a Balmes a la admiración por este hombre que tan asombrosamente penetró los problemas sociales permanentes en la Historia de la humanidad y supo exponerlos con tanta libertad.

(1) La cual se publicó precedida de una Noticia, juicio y recomendación de Tomás Moro y su Utopía.

La presente situación del mundo da a las ideas de Moro, igual que al Tratado anticomunista de Vives, su admirador y discípulo, una actualidad mucho mayor que la que podían tener a fines del pasado siglo, cuando las estudió Balmes. Muy lejos nos llevaría el estudio comparado de las ideas sociales de Moro y la interpretación que de ellas hizo el más genial de nuestros modernos filósofos; pero nos basta recoger la idea fundamental de dicha interpretación condensada en estas frases finales:

“Por la breve reseña que acabo de presentar sobre la Utopía, de Tomás Moro, se echa de ver la distancia que va desde sus doctrinas (aun cuando supone una República en que no se conoce la verdadera religión) a las monstruosidades de aquellos que no viendo en el hombre más que cuerpo y pasiones, prescinden de todo principio religioso y moral, desprecian la tradición de los siglos y no atienden a la reorganiza-

ción de la sociedad, sino a las inspiraciones de su orgullo. Es preciso desengañarse: esta diferencia existirá siempre entre el filósofo religioso y el impío. Por más que aquél se abandone a los sueños de la imaginación y dé rienda suelta a la inventiva de su ingenio, siempre resultarán mucho más razonables sus sistemas; siempre se echará de ver que el uno anda sin guía, a merced de sus caprichos, mientras el otro procede ilustrado por una antorcha sobrenatural que no le deja extraviarse completamente, aún cuando le parezca que camina conducido tan sólo por la luz de la razón.” (Obras Completas, vol. XI, pág. 289.)

Y basten estas cuatro interpretaciones históricas para poner de relieve algo de lo que los españoles han ido opinando sobre Santo Tomás Moro, a lo largo de las diversas épocas de nuestra historia.

EUSEBIO REY, S. I.

Una interpretación española de Santo Tomás Moro

Entre los filósofos que se han distinguido en la Europa moderna por sus ideas reformadoras de la sociedad, figura un nombre ilustre en los anales de la Iglesia y en los fastos del humano linaje, ya que ilustres son en todos tiempos y países la sabiduría, la virtud y el heroísmo. Hablamos de Tomás Moro, de ese gran Canciller de Inglaterra que selló con su sangre generosa su adhesión a la fe y que se atrevió a resistir la tiranía de Enrique VIII anteponiendo los deberes de su conciencia a su fortuna, a los atractivos de su alta categoría y a su propia existencia...

Importa tanto más el examinar las ideas de Tomás Moro cuanto que los enemigos de la verdad podrían aprovecharse de su nombre para dar a entender que, condenando las doctrinas de algunos innovadores, condenamos también las de uno de los ornamentos más brillantes de la Iglesia Católica.

Creemos poder demostrar que las opiniones de Tomás Moro no tienen nada de común con las de Saint Simon, Fourier u Owen y que si bien habría mucho que decir sobre algunos pasajes de su obra, se conoce, no obstante, que aun cuando supone que prescinde de la religión cristiana, no perdía de vista la luz que de ella podía recibir en la resolución de los intrincados problemas que se le iban ofreciendo.

La publicación de la Utopía de Tomás Moro a principios del siglo XVI es un fenómeno que indica a las claras el movimiento de los espíritus en dicha época y que de-

muestra cuán falsamente han afirmado los protestantes y los incrédulos que sin la revolución religiosa promovida por Lutero el entendimiento humano hubiera permanecido en las tinieblas y en la esclavitud. En este notabilísimo escrito se echan de ver miras tan elevadas, sentimientos tan generosos, tal deseo de mejorar la suerte del humano linaje, que es asombroso el que un hombre de aquellos tiempos viera con tanta claridad los altos problemas sociales y se arrojará a emitir sus ideas con tanta libertad....

Se echa de ver (en la obra de Tomás Moro) la distancia que va de sus doctrinas a las monstruosidades de aquellos que no viendo en el hombre más que cuerpo y pasiones, prescinden de todo principio religioso y moral, desprecian la tradición de los siglos y no atienden en la reorganización de la sociedad, sino a las inspiraciones de su orgullo. Es preciso desengañarse: esta diferencia existirá siempre entre el filósofo religioso y el impío: por más que aquel se abandone a los sueños de su imaginación, por más que dé rienda suelta a la inventiva de su ingenio, siempre se echará de ver que el uno anda sin guía, a merced de sus caprichos, mientras el otro procede ilustrado por una antorcha sobrenatural que no le deja extraviar completamente, aun cuando a él le parezca que camina conducido tan sólo por la luz de la razón.

(Jaime Balmes. “El socialismo” artículo aparecido en el periódico “La Sociedad” 1 y 15 de mayo 1844).

NUMISMÁTICA PAPAL

Hecha ya una simple relación de las *Monedas Pontificias*, desde su origen hasta el Pontificado de Pío IX (731 a 1870), como han podido ver los lectores de la presente Revista en la página 459 de 1945, vamos hoy a estudiar las monedas acuñadas debido al *Tratado de Letrán*.

Todos sabemos que habiendo el Gobierno de Italia en 1870 despojado al Papa Pío IX de su soberanía, tanto en los Estados Pontificios como en Roma, dejó el Papa en aquella fecha de acuñar monedas, aunque su total acuñación no fué hasta en 1874.

Los Pontífices León XIII, Pío X y Benedicto XV no acuñaron moneda alguna; no obstante, en aquellos tiempos se acuñaron una multitud de medallas conmemorativas, de un modo especial durante el Pontificado de León XIII; este Papa, en su largo cautiverio, pudo ver enaltecida por todo el orbe su realeza papal. Paso a paso fué engrandeciéndose la dignidad del Papado, hasta que en 1929 hízose la reconciliación del Gobierno de Italia con el Papa, por medio del *Tratado de Letrán*.

Reconocida la Ciudad del Vaticano como un nuevo Estado, entre las prerrogativas otorgadas, una fué la de acuñar monedas propias; siguió el Papa en la acuñación a antecesores suyos, ya en la forma ya en el material empleado, a excepción del níquel que suplió a la mixtura. En cuanto a los grabados bíblicos eligió: el del Arcángel San Miguel. — La Inmaculada Concepción. — El Buen Pastor. También fueron reproducidos los bustos de los Apóstoles, San Pedro y San Pablo.—San Pedro en la barca, representando la Iglesia. Entre los grabados de plantas alusivas a virtudes morales, como el laurel, la palma, el roble, etc.... fué elegido el ramo de olivo.

Habiendo la Iglesia establecido, en el Año Santo de 1925, la festividad de Cristo Rey, quiso el Papa poner en sus monedas esta imagen, a fin de conmemorar dicha Fiesta. Igualmente quiso poner a la Virgen Santísima con corona, considerándola como Reina y Señora del género humano.

¿Cuál será el cincel que interpretará gráficamente la idea de Pío XI en sus monedas? Acuñación consagrada definitivamente a la Paz hecha entre las dos Potencias, civil y eclesiástica; nadie como el grabador pontificio Aurelio Mistruzzi, quien, instruido por el mismo Romano Pontífice, supo poner de relieve, por medio de sus artísticos troqueles, símbolos tan marcados de paz: la *Paz de la Reconciliación*, la *Paz de la Gran Guerra*; aunque si ésta degeneró en otra guerra peor, fué porque los hombres no supieron conservar la paz, pues, se desviaron de aquel que se la deseaba de verdad: el Papa; representante de Jesucristo, quien vino al mundo anunciándola a los hombres de buena voluntad.

Hemos dicho que esta nueva acuñación se hizo a la manera de las acuñaciones papales anteriores, sin variar la clase de metal, aleación, valor nominal actual, dimensión y valor intrínseco de cada pieza, idénticas a las monedas actuales italianas.

En cuanto a los grabados representados en ellas todos tienen algún símbolo referente a la paz; en efecto, no quiso el Papa poner en sus monedas a San Miguel luchando con el dragón infernal, como así lo habían puesto varios Pontífices, al contrario, buscó una imagen del Arcángel después de la lucha, y a este propósito fué elegida la imagen que está sobre el mausoleo de Adriano en Roma; edificio conocido hoy día con el nombre de Castillo de S. Angelo. Esta imagen recuerda a la vez cuando en tiempo de San Gregorio Magno cesó la peste que asolaba la ciudad de Roma; dicha imagen está en actitud de envainar su espada, clara señal de haber cesado ya el azote de Dios.

Mucho antes de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción, ponían los Papas en sus monedas la

Virgen en este misterio, así lo hicieron Sixto V y Benedicto XIV; como sea que el grabado de la Inmaculada es una manifestación de la victoria de la Virgen sobre la serpiente del Paraíso, quiso el Papa de la Reconciliación poner en sus monedas este símbolo de paz.

El grabado del Buen Pastor, elegido para tal acuñación, nos recuerda la oveja extraviada, puesta ya en hombros del Salvador, quien vino para redimirnos a todos.

Estas tres monedas que se refieren respectivamente a la caída de los ángeles, a la de Adán y a la del hombre pecador, vemos en ellas tres marcadas victorias, a saber: *Quis ut Deus. Sine labe originali concepta. Cum invenerit ovem, imponit in humeros suos gaudens.*

No podían faltar en las monedas del *Tratado de Letrán* los bustos de San Pedro, Apóstol de los Judíos, y de San Pablo, Apóstol de los Gentiles; cuyos Santos nos los presenta la Iglesia como verdaderos Padres y Pastores de las almas "*Isti sunt Patres tui verique Pastores*", así los puso en sus monedas el Papa Pío VIII; y el Papa Pío XI eligió este grabado, aunque por separado, los ha puesto en sus monedas como verdaderos Padres y Pastores de la paz. Igualmente fué escogido el de San Pedro dentro de la barca, con la mano en el timón, y la mirada fija en el cielo de donde le viene toda la gracia; representa este grabado el Papado dirigiendo la Iglesia, a fin de que las almas no se desvíen de Jesús, llamado Príncipe de paz, esto es, la paz verdadera, la cual el mundo no puede dar.

Durante la Gran Guerra, mejor dicho, la Guerra Europea, dióse culto a la Virgen de la Paz (1918), y, por mandato del Papa Benedicto XV, añadióse a la Letanía Lauretana la invocación "*Regina Pacis — Ora pro nobis*", para impetrar del Altísimo la terminación de aquel azote. Con mucho acierto Pío XI ha querido perpetuar esta invocación poniendo, en sus monedas, el grabado de la Virgen Santísima con el Infante Jesús; sentada en artístico sitial románico y llevando en su mano izquierda un ramo de olivo; al pie de este trono se lee "*Regina Pacis*". En el borde de esta moneda hay las siguientes letras: P. C. Y. R. C., que quieren decir *Pax Christi in Regno Christi*; esta inscripción se refiere a la institución de la fiesta de Cristo Rey, cuya imagen tampoco puede faltar en esta serie de monedas papales. El artista ha presentado en estas monedas a Cristo Rey como la figura del Salvador, con la cruz dentro del nimbo, lleva el cetro en la mano derecha y el mundo en la izquierda, la corona real se la presenta un ángel que está a sus pies; en el anverso de esta moneda hay la efigie del Papa Pío XI con capa pluvial y sin tiara, muy bien ideado así, pues, la realeza papal demostrada por medio de las coronas que lleva la tiara, en la moneda de referencia la tiene el mismo Cristo, de cuyo Señor el Papa es su Vicario. En estas dos últimas monedas y en la de San Pedro en la barca no hay escudo heráldico; en las demás, todas llevan el escudo de armas del Papa Pío XI, con las llaves entrelazadas, y, encima de todo, la tiara.

Exceptuando las dos inscripciones: *Regina Pacis* y *Pax Christi in Regno Christi*, no hay en estas monedas del *Tratado de Letrán*, ninguna otra inscripción; no obstante, todas ellas en sus grabados nos demuestran el gran interés que el Papado ha tenido siempre por la paz del mundo.

La forma artística en todas estas monedas, sabiendo tan sólo que Mistruzzi ha sido el grabador de los troqueles, podemos afirmar, sin temor de equivocarnos, que en esta materia no tiene rival; efectivamente, compárense estas monedas con las de cualquier otro Estado y podrá verse la superioridad sobre las otras.

El metal empleado en ellas está muy bien distribuido; la moneda de Cristo Rey ha sido acuñada con el metal más precioso que se emplea en la acuñación, esto es, oro.

La de la Virgen —*Regina Pacis*— es de plata.
La de San Pedro en la barca, que representa la Iglesia, también es de plata.

La moneda del Arcángel San Miguel está acuñada en níquel; las demás de esta serie, en níquel o cobre.

A fin de perpetuar la idea de paz, que siempre ha tenido la Iglesia, el Papa Pío XI no cambió los grabados en las monedas durante los años sucesivos, pues, sirvióse de los mismos, cambiando tan sólo los años correspondientes. En el año 1933, *Año Jubilar de la Redención del género humano*, fué grabada en las monedas la siguiente inscripción: "PIUS XI PONT. MAX. A. IUB. — STATO DELLA CITTA DEL VATICANO - 1933-1934." La fecha 1933 se refiere al

Jubileo en la ciudad de Roma, y la de 1934 al Jubileo para todo el Orbe Católico.

Es de esperar que cuando los Estados estén algo más repuestos, veremos nuevas monedas papales

Al terminar esta segunda relación de Monedas Pontificias diré lo mismo que se dijo en la relación primera, esto es: *La serie de Monedas Papales, por su antigüedad y variedad, forman como un monumento arqueológico.*

Por lo tanto, hay que decir: Todas las cosas relatadas en esta segunda serie, añádanse a la primera relación, como piedras que van elevando una vez más ese monumento arqueológico que tanta importancia tiene, y que tanto puede ayudar al estudio de la *Historia Eclesiástica.*

JUAN TOLOSA, Pbro.



Noticiario quincenal

La bomba atómica y los católicos

El semanario católico "The Tablet" de Nueva York, publica la siguiente noticia, que por su interés transcribimos literalmente:

"En todo el Japón existía solamente un centro católico: Nagasaki. Esa población de 250.000 habitantes, fué borrada del mapa por una de nuestras bombas atómicas. De los 30.000 católicos que allí vivían, 10.000 murieron en el momento de la explosión. La Catedral, donde podían acomodarse para la oración, hasta 60.000 personas, y era el edificio cristiano más grande que existía en el Japón, es un montón de ruinas".

Facilidades para el culto musulmán en Francia

Según noticias de allí procedentes resulta que la católica Francia desea facilitar la práctica del culto árabe en su territorio.

Como consecuencia de las gestiones, favorablemente acogidas en los medios oficiales, de Si Kadder Ben Chabrit, Director del Instituto Musulmán de París, los musulmanes po-

drán, dentro de poco, practicar su religión en una gran parte de los departamentos franceses.

A ese objeto, acompañado del Iman Si Larbí Ben Cou-da de la mezquita de París, Si Kadder Ben Chabrit, marchó a Lille para organizar el culto musulmán en el Norte, de donde luego pasará a Arras con el propio fin. Posteriormente se celebrará la misma inauguración en Rouen, Burdeos, Lyon, Nancy, Marsella, Sant-Etienne y otras capitales.

Por lo que se deduce la pacífica invasión árabe en Francia debe ser muy considerable, a menos que se trate de franceses conversos a la religión de Mahoma.

Alocuciones Pontificias

Siquiera sea brevemente, pues el espacio nos constriñe a ello, no podemos dejar de recoger la palabra alentadora del Santo Padre en cuantas ocasiones se dirija a la atribulada humanidad.

Es particularmente interesante, por el fondo de especial predilección que muestra para nuestra Patria, la dirigida con la ocasión de la clausura del Congreso Catequístico Diocesano, a que hacíamos referencia en nuestro noticiario

A LA LUZ DEL VATICANO

anterior. En ella se exaltan especialmente las figuras insignes españolas que destacaron por su labor catequística, tales como Raimundo Lulio, Ripalda y Astete, San Ignacio de Loyola, San José de Calasanz y el Padre Claret. Se hace referencia a las terribles consecuencias que se derivan para todo el mundo de la ignorancia religiosa y exhorta a que se trabaje sin cesar en la tarea de difusión de las enseñanzas del catecismo y a que todos los niños procuren profundizar en su conocimiento.

Otra alocución fué dirigida a un grupo de miembros de la Cruz Roja norteamericana, que hasta ahora actuaron en Italia. En ella les exhortó a que continuaran siendo ángeles de la caridad, esparciendo los rayos de sol del amor de Dios sobre todo el Mundo, señalando cómo la futura paz debe basarse en la caridad universal principalmente.

La iglesia cismática rusa y sus argumentos para obligar al cisma

Ya hemos hablado repetidas veces en las columnas de nuestro noticiario del esfuerzo denodado que se hace por parte de los Soviets para apartar de la obediencia a Roma a las Iglesias de rito católico-griego, existentes en territorios de Ucrania y Polonia, principalmente, conocidas con el nombre de Uniatas.

Dijimos como se había creado un comité para favorecer tal cisma, y su menguado resultado, ya que de más de 3.000 sacerdotes, sólo 42 decidieron aceptar la obediencia a Moscú.

Ante ese resultado decidieron emplear el argumento de la fuerza, y así la gran mayoría de ellos fueron detenidos, otros deportados a Siberia y muchos llegaron a morir por la causa de su fe. Los 7 Obispos que constituían todo el episcopado ruteno, fueron arrestados. Tres han muerto y los restantes siguen en prisión.

Pero, según parece, Moscú no se contenta con la eficacia de ese "convinciente" argumento, y, sin duda, ante sus exiguos resultados, ahora trata de convertir a su cismático credo con argumentos "teológicos" la base de los cuales es la siguiente afirmación que, como se puede ver, tiene mucho más de mentira política que de otra cosa; dicen: "El Papa que ha "colaborado" con los fascistas no tiene derecho a ser jefe espiritual de los leales rutenos católicos". Por lo que se ve, el llamado colaboracionismo no sólo permite asesinar impunemente sino que ahora pasa a ser razón para reformar las religiones.

Canadá decide tener representante en la Santa Sede

Hace pocos días en la sesión celebrada por la Asamblea canadiense, se acordó el establecimiento de relaciones diplomáticas con el Vaticano.

Con ese motivo se hizo notar que en la actualidad, son ya muy pocos los países que no tienen relaciones con el Vaticano, entre los que están Unión Soviética, Méjico y Turquía.

Dos artistas de cine mejicanos consiguen la devolución al culto de un templo

Gracias a las gestiones personales cerca del Presidente de la República mejicana, hechas por los populares artistas Mario Moreno, "Cantinflas" y Jorge Negrete, ha sido devuelto al culto el templo de Santa Teresa. Ambos actores ofrecieron al Excmo. Sr. Arzobispo de Méjico la colaboración del elemento artístico para sostener con sus aportaciones el culto de la citada iglesia. Por su parte, el Arzobispo ofreció el que sería él quien ofreciera la primera Misa que se diga en el mismo.

OBRAS RECIBIDAS EN LA REDACCIÓN ⁽¹⁾

SAN CIRILO DE JERUSALÉN.—"Las catequesis". Tomo I. Traducción y notas, por Fray Albino Ortega. Editorial Aspapas, S. A. Madrid, 1945.

DR. TIHAMER TOTH.—"La Joven de carácter". 3.ª edición. Edit. Atenas, S. A. Madrid, 1945.

DR. TIHAMER TOTH.—"Sé sobrio". 2.ª edición. Editorial Atenas, S. A. Madrid, 1945.

JUAN EUSEBIO NIEREMBERG.—"Diferencia entre lo temporal y eterno". 3.ª edición. Apostolado de la Prensa. Madrid, año 1942.

DR. EMILIO ENCISO.—"La muchacha en el hogar". Editorial Studium. Madrid, 1945.

P. E. ROCHE, S. I.—"Cristianos en el mundo". Editorial Atenas, S. A. Madrid, 1945.

MONS. HERCULANO MARINI.—"Los esplendores del Credo". Versión de la tercera edición italiana por el P. José Cerrro, O. P. Edit. L. Gili. Barcelona, 1945.

MARÍA STICCO.—"El ideal vale más que la vida". Trad. de la tercera edición italiana por J. Pugés. 3.ª edición Edit. L. Gili. Barcelona, 1945.

C. C. MARTINDALE.—"El mandamiento difícil". Edit. Atenas, S. A. Madrid, 1945.

G. COURTOIS.—"El secreto del Mando". Edit. Atenas, S. A. Madrid, 1945.

SAN LEÓN MAGNO.—"Sermones escogidos". Trad., Introduc. y notas por Casimiro Sánchez. Edit. Aspapas, S. A. Madrid, 1945.

(1) En esta sección se anunciarán las obras que recibimos, sin comprometernos no obstante a publicar, por falta de espacio, crítica bibliográfica alguna, a no ser en los casos en que la obra se adapte de modo especial a la índole de nuestra Revista.

CON CENSURA ECLESIASTICA

Cuevas de Artá

MALLORCA



Múltiples son las bellezas con que dotó Dios a esta privilegiada Isla, de todas sobresale una por su magnificencia:

Las maravillosas
Cuevas de Artá

HA APARECIDO YA

la obra de LUIS CREUS VIDAL

LA VUELTA A LOS ALTARES

Del ocaso de las dinastías
de los siglos XVIII y XIX

a la tragedia de la actual postguerra

VENTA EN
LIBRERIAS

Pídalo a la Administración de
CRISTIANDAD

PRECIO:
25 Pesetas

INDUSTRIA MECANICA

ESPECIALIZACION EXCLUSIVA: HUSOS

Y AROS PARA LA INDUSTRIA TEXTIL

Juan Payás

Talleres y Despacho:
Bruch, 76 - Teléf. 1871

MANRESA



presentará
próximamente

Un hombre de leyenda

(Don Bosco)

por
Gian Apolo Rosmino

Director:

G. Alessandrini

La historia de un hombre
a quien el cielo inspiró

AGENCIA
DE
PUBLICACIONES

BUENA PRENSA

MEXICO D. F.

Donceles 99-A.
Apartado 2191